



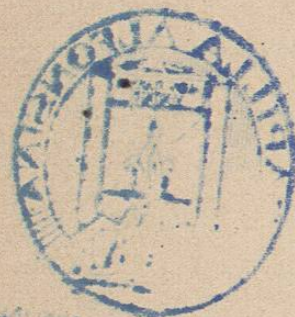
BIBLIOTECA

DC 38

H4

U.9

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA



HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

POR M. ADOLFO THIERS

LIBRO QUINCUAGÉSIMO

LEIPSICK Y HANAU

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlín durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde. — Fuerzas e instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleón del Bóber sobre el Elba. — Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, había movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto. — Lanzándose el general Blücher sobre la división de Charpentier y la caballería de Sebastiani, destrozólas sobre la meseta de Janowitz. — Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrencial de muchos días la hizo casi desastrosa. — Captura y destrucción de la división de Puthod. — El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres. — Su movimiento retrógrado sobre el Bóber. — Sucesos hacia la parte de Berlín. — Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.º, 7.º y 12. — Composición y fuerza de estos cuerpos. — Ejército del príncipe real de Suecia. — Llegada delante de Trebbin. — Primeras posiciones del enemigo tomadas en los días 21 y 22 de agosto. — Aislamiento en el día 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.º cuerpo en Gross-Beeren. — Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg. — Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados. — La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleón se volviera de Pirna á Dresde el 28 de agosto y apartara su atención de Kulma. — No sabiendo aún lo acontecido á Vandamme, había formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania. — Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto. — Obligado Napoleón á restringir sus miras al saber el desastre de Kulma, reorganiza el cuerpo de Vandamme y confía el mando al conde de Lobau, y envía al mariscal Ney para que reemplace al mariscal Oudinot á la cabeza de los tres cuerpos retirados á Wittenberg, y se propone establecerse con sus reservas en Hoyerswerda, á fin de empujar por un lado al mariscal Ney sobre Berlín y de tomar por otro una posición amenazadora sobre el flanco del general Blücher. — Partida de la guardia hacia Hoyerswerda. — Noticias inquietadoras de Macdonald, que apartan una vez más á Napoleón de la ejecución de su último proyecto y le obligan á trasladarse á Bautzen sin demora. — Llegada de Napoleón á Bautzen el 4 de septiembre. — Pronta retirada de Blücher durante los días 4 y 5 de septiembre. — No bien Napoleón ha restablecido al mariscal Macdonald sobre el Neisse, se ve en la necesidad de volver á Dresde por consecuencia de la segunda aparición del ejército de Bohemia sobre la calzada de Peterswalde. — Su entrevista con el mariscal Saint-Cyr el día 7 en las avanzadas. — Proyecto para el 8 de septiembre. — En este intervalo recibe Napoleón la noticia de una nueva desgracia acontecida sobre el camino de Berlín. — Habiendo llegado al mariscal Ney una orden para trasladarse á Baruth, hubo de hacer el 5 de septiembre un movimiento de flanco delante del enemigo con los cuerpos 4.º, 7.º y 12. — Este movimiento, feliz el 5, no se logra el 6 y produce la desgraciada batalla de Dennewitz. — Retirada el 7 de septiembre sobre Torgau. — Desbandamiento de parte de los sajones. — Napoleón recibe esta noticia con calma, pero empieza á concebir inquietudes acerca de su situación. — Aviso indirecto, dado por conducto de Mr. de Basano al ministro de la Guerra, para que las plazas del Rhin sean armadas y abastecidas. — A tenor del plan acordado con el mariscal Saint-Cyr el día 7, Napoleón empuja vivamente el día 8 á los prusianos y á los rusos, á fin de repelerlos á Bohemia. — Por consejo del mariscal Saint-Cyr se sigue el 9 y el 10 el camino viejo de Bohemia, el de Furstenswalde, por el cual se tiene esperanza de rebasar al enemigo. — La imposibilidad de que pase la artillería por el Geyersberg estorba dar cima al movimiento proyectado. — Ignorando que en este momento se hallan separados los austriacos de los prusianos y los rusos, y estrechado á reparar los desastres de sus lugartenientes, se detiene Napoleón y torna á Dresde. — Evidencia del plan de los coligados, consistente en correr sobre los ejércitos franceses tan luego como Napoleón se aleja, y en retirarse cuando acude, en cansar de este modo sus tropas, con el fin de envolverle más tarde y de abrumarle cuando se le juzgue suficientemente debilitado. — Deplorable realización de estas miras. — De trescientos sesenta mil quedan reducidos á doscientos cincuenta mil hombres las fuerzas de Napoleón en tropas activas sobre el Elba. — Considerando tal estado de cosas, estrecha Napoleón el círculo de sus operaciones, trae á Macdonald con los cuerpos 3.º, 5.º, 8.º y 11 cerca de Dresde, establece al conde de Lobau y al mariscal Saint-Cyr sobre el campo de Pirna, detrás de excelentes obras de campaña, á fin de que ya no pueda jugar el enemigo con sus apariciones por el camino de Peterswalde, envía un fuerte destacamento de caballería á sus espaldas para dispersar las tropas de los partidarios, reorganiza el cuerpo de Ney junto al Elba, sitúa al mariscal Marmont y á Murat en Grossenhayn para proteger el arribo de sus provisiones y se concentra en Dresde con toda la guardia, de manera de no ponerse ya en movimiento á consecuencia de vanas demostraciones del enemigo. — Tercera aparición de los prusianos y de los rusos sobre Peterswalde. — No estando concluidas las obras mandadas ejecutar entre Pirna, Gieshübel y Dohna, se ve Napoleón obligado de nuevo á acudir al camino de Peterswalde para repeler al enemigo hacia Bohemia. — Pronta retirada de los coligados. — Vuelta de Napoleón á Pirna y sus desvelos por asentar bien su posición, con el fin de no agotarse en correrías infructuosas. — Su resolución de establecerse sobre el Elba, de Dresde á Hamburgo, durante el invierno. — Proyectos del enemigo. — Hallándose Napoleón estrechado por todas partes sobre el Elba y aproximándose el invierno, piensan los soberanos aliados en poner término á la guerra con una tentativa decisiva á espaldas de la posición que ocupamos. — Blücher hace prevalecer la idea de emplear en

Bohemia la reserva del general Benningsen, y de que reforzado de este modo, baje hacia Leipsick el grande ejército de los aliados, mientras va él en persona á juntarse á Bernadotte, á pasar unidos el Elba por las cercanías de Wittenberg y á subir hacia Leipsick con los ejércitos del Norte y de Silesia. — Primeros movimientos para llevar á cabo este designio. — Napoleón descubre al punto la intención de sus adversarios, y hace que todas sus tropas vuelvan á pasar á la izquierda del Elba. — No deja más que á Macdonald con el cuerpo 11 á la derecha de este río, encamina á Marmont y á Souham, al uno por Leipsick y al otro por Meissen, hacia el bajo Elba, á fin de apoyar á Ney, y envía á Lauristón y á Poniatowski por el camino de Praga á Leipsick para sostener á Victor contra el ejército de Bohemia. — Espera de algunos días con el objeto de que se marquen más á las claras los proyectos del enemigo. — Habiendo desaparecido Blücher para juntarse á Bernadotte y pasar el Elba por Wurtenburgo, Napoleón sale de Dresde el 7 de octubre con Macdonald y la guardia, y baja hacia Wittenberg con el designio de batir á Blücher y á Bernadotte ante todo, y de marchar después contra el gran ejército de Bohemia. — Excelente y profunda concepción de Napoleón enderezada á arrollar á Blücher y á Bernadotte sobre Berlín y á sorprender de seguida á Schwartzberg, remontando la orilla derecha del Elba, para repasar este río por Torgau ó Dresde. — Movimiento pronunciado de Blücher y de Bernadotte sobre Leipsick, que cambia todos los proyectos de Napoleón. — Viendo éste á los aliados juntarse sobre Leipsick en masa, se apresura á tomarles allí la delantera, para interponerse é impedir que se junten unos á otros. — Vuelta del grande ejército francés sobre Leipsick. — Terrible batalla, la más grande del siglo y probablemente de los siglos, dada bajo los muros de Leipsick durante tres días. — Retirada de Napoleón sobre Lutzen. — Explosión del puente de Leipsick, que produce la destrucción ó el cautiverio de una parte del ejército francés. — Muerte de Poniatowski. — Marcha sobre Erfurt. — Defección de Baviera y llegada del ejército austro-bávaro á las cercanías de Hanau. — Movimiento acelerado del ejército francés y batalla de Hanau. — Humillación del ejército austro-bávaro. — Vuelta de los franceses sobre el Rhin. — Su estado deplorable al llegar á Maguncia. — Operaciones del mariscal Saint-Cyr junto al Elba. — Triste capitulación de Dresde. — Situación, fuerzas, conducta heroica é infortunios de las guarniciones francesas, inútilmente dejadas sobre el Vístula, el Óder y el Elba. — Carácter de la campaña de 1813. — Espantosos augurios que se pueden sacar de ella.

Junto al Katzbach, en Silesia, y hacia Gross-Beeren en Brandeburgo habían pasado los graves y poco previstos sucesos que, llamando la atención de Napoleón de pronto, le apartaron de Kulma. Una especie de desastre acababa de sufrir el mariscal Macdonald, dejado por Napoleón en persecución de Blücher, y llevado fué el mariscal Oudinot bajo el cañón de Wittenberg á consecuencia de un combate desgraciado, cuando Napoleón le creía próximo á entrar en la capital de Prusia. Conviene saber cómo habían ocurrido estos sucesos, para formarse idea exacta de la situación y comprender las combinaciones que habían absorbido á Napoleón durante los días 28, 29 y 30 de agosto, impidiéndole correr al lado del infeliz Vandamme con todas sus reservas.

Después de repeler Napoleón del Bóber al Katzbach al ejército de Silesia, dejó al mariscal Macdonald para continuar la persecución del tercer cuerpo, fuerte de veinticinco mil hombres y mandado por el general Souham desde la partida del mariscal Ney; el 5.º cuerpo, fuerte de veinte mil hombres, puesto siempre bajo las órdenes del general Lauristón; finalmente el cuerpo 11, fuerte de diez y ocho mil hombres, y confiado al general Gerard, desde que el mariscal Macdonald tenía el mando superior de los tres cuerpos reunidos. A esta masa de infantes había que añadir la caballería del general Sebastiani, que podía presentar una reserva de cinco á seis mil caballos y que era independiente de los destacamentos de caballería ligera agregados á cada cuerpo de tropas. Así el total se elevaba á setenta mil hombres, sin contar los diez ú once mil polacos del príncipe de Poniatowski, apostados en la frontera de Bohemia detrás y á la derecha del mariscal Macdonald, para guardar la avenida de Zittau. Por instrucciones había dado Napoleón al mariscal Macdonald que rechara á Blücher sobre el Bóber, entre Lowenberg y Buntzlau, de manera de tener al ejército de Silesia alejado de Dresde, y de impedir que enviara destacamentos á Berlín el ejército de Bohemia. Napoleón no dudaba que Macdonald desempeñaría perfectamente su tarea con ochenta mil hombres victoriosos. Tampoco el mariscal abrigaba la menor duda sobre este punto, y prosiguió avanzando contra el general Blücher en ademán atrevido.

Un incidente poco importante á primera vista introdujo desde los principios una funesta mudanza en esta situación al parecer tan ventajosa. Al partir Napoleón dirigió al mariscal Ney la orden de seguirle á Dresde; pero no especificando bastante á las claras que se trataba de la persona del mariscal Ney y no de sus tropas, fué dirigido por el camino de Dresde el tercer cuerpo, apareciendo que el ejército francés por su ala izquierda emprendía la retirada. Impaciente así por carácter como por posición de volver á tomar la ofensiva, infirió Blücher del movimiento retrógrado de una porción de nuestra línea que no estaba allí Napoleón, y que convenía tornar contra el ejército francés privado de su presencia y también de algunas de las fuerzas que había desplegado un momento. Por su parte Macdonald quiso restituir á sus tropas la actitud que acababan de tomar, y siguió adelante sin hacer gran caso de las circunstancias. De esta doble disposición debía resultar un choque violento é inmediato.

Habiendo hecho desde luego el tercer cuerpo del general Souham una marcha á retaguardia y después otra á vanguardia, con el objeto de volver á Liegnitz, dejó en este inútil movimiento algunos hombres por los caminos. De regreso estaba en su primera posición el 25 de agosto por la noche. No se había movido de Goldberg el primer cuerpo del general Gerard que formaba el centro, y tampoco había abandonado el general Lauristón su puesto con el cuerpo 5.º que formaba la derecha. Teniendo el mariscal Macdonald toda su gente en línea, determinó trasladarse desde el día siguiente, 26, sobre Jáuer, punto que debía ocupar á tenor de sus instrucciones. Aun cuando Napoleón no quisiera establecer más allá del Bóber su ejército de Silesia, deseaba que tuviera sus avanzadas junto al Katzbach, desde Jáuer hasta Liegnitz, á fin de vivir más holgadamente y de interceptar á todo destacamento enviado de Bohemia á la capital de Prusia.

Véase como el mariscal Macdonald procedió en la ejecución de su movimiento. Aunque el Goldberg se hallara sobre uno de los brazos del Katzbach, y por consiguiente á bastante distancia del Bóber, tenía sobre su derecha un punto de este río ocupado por los contrarios, el de Hirschberg en las montañas. Del 11 cuer-

po destacó una división, la del general Ledrú, con la orden de que remontara el Bóber hacia nuestro lado, esto es, por la izquierda, mientras la división de Puthod del cuerpo de Lauristón lo remontara por la derecha, de modo de sorprender á Hirschberg por la una y la otra. Interin se operaba este movimiento sobre nuestra extrema derecha y completamente en las montañas, abrazó el mariscal Macdonald el partido de marchar sobre el Jáuer en persona con los cuerpos de Gerard y de Lauristón, disminuidos en una división cada uno. Para llegar á Jáuer no tenía que atravesar ningún raudal importante, si bien necesitaba transponer algunos barrancos más ó menos hondos, sobre los cuales podía encontrar fuerte al enemigo. Se lisonjeaba Macdonald de desembocar, ya por un ataque directo de los generales Lauristón y Gerard sobre el mismo Jáuer, ya por un movimiento lateral de los generales Souham y Sebastiani sobre Liegnitz.

Efectivamente, previno al general Souham que partiera de Liegnitz con el tercer cuerpo, y tomara el camino de esta ciudad á Jáuer, que viene á caer sobre el mismo flanco de esta población, cruzando la meseta de Janowitz. Esperaba que veinticinco mil hombres atacando de flanco al enemigo le quitarían hasta la idea de resistir al ataque de frente que ejecutarán los generales Lauristón y Gerard en su contra.

Desgraciadamente había inmensa distancia entre el camino que iba á seguir el general Souham sobre la meseta de Janowitz y el que tenían que recorrer los generales Lauristón y Gerard para marchar sobre Jáuer en derecha. El general Gerard, que de los dos era el que se hallaba menos lejos, debía remontar la profunda quebrada del Wutten-Neiss, pequeño río torrentoso, que desde Jáuer va á desaguar en el Katzbach, rodeando la meseta de Janowitz. Para establecer algún enlace entre las dos principales masas de sus fuerzas, señaló el mariscal Macdonald al mariscal Sebastiani un camino intermedio, el de Kuntzlau á Jáuer, que siguiendo al principio la quebrada del Wutten-Neiss, y cruzando después este río, desemboca sobre la meseta de Janowitz. Todas las órdenes fueron expedidas para que se ejecutasen el 26 por la mañana sin retardo.

Una lluvia tempestuosa, que había durado toda la noche, hizo salir todos los ríos de madre, y casi quedaron impracticables los caminos. Anhelante el mariscal Macdonald por volver á tomar la ofensiva, no paró la consideración en el mal tiempo y exigió que sus órdenes fueran cumplidas. Mientras las divisiones de Ledrú y de Puthod remontaban las dos orillas del Bóber hasta Hirschberg, los cuerpos de Lauristón y de Gerard marchaban sobre Jáuer, bajando y subiendo alternativamente los bordes de los barrancos que había que transponer para llegar á esta pequeña ciudad. No obstante las dificultades que les oponía la lluvia, desalojando nuestros ágiles tiradores á los del enemigo, les obligaron á replegarse por todas partes. No se presentaron tan fáciles las cosas hacia la izquierda.

Después de ponerse en camino el general Sebastiani algo tarde, aún no se hallaba á la entrada de la quebrada del Wutten-Neiss cuando el general Gerard había penetrado en ella y cuando el general Lauristón, que marchaba paralelamente á éste, ya iba muy adelante. Por su parte el general Souham, encontrando en Liegnitz

al Katzbach desbordado, buscó un paso más arriba, y así fué á tomar el mismo camino que el general Sebastiani. Durante algún tiempo estuvieron de veintitrés á veinticuatro mil infantes y de cinco á seis mil caballos con cien bocas de fuego sumidos en una quebrada profunda, hasta que, trepando por su borde, pudieran desembocar sobre la meseta de Janowitz. En este instante, practicando un reconocimiento bajo esta meseta la caballería prusiana, y no divisando á nuestras tropas, avanzó mucho por la quebrada del Wutten-Neiss. Mientras el general Gerard caminaba por la orilla opuesta de este río, descubrió los escuadrones prusianos, que ya habían rebasado su izquierda, é hizo que se les disparase por la espalda. Causa fué la no interrumpida lluvia de que apenas salieran cuarenta tiros; pero bastaron para advertir á los escuadrones prusianos del mal paso en que estaban metidos, y desandaron camino al galope. Acercando el general Gerard su artillería y disparando de una orilla á otra, sembró el desfiladero de buen número de estos imprudentes jinetes.

Este incidente sugirió al mariscal Macdonald la idea de lanzar en seguida algunos batallones de la división de Charpentier y una de las dos del general Gerard sobre la meseta de Janowitz, á fin de apoderarse de ella y de ayudar de este modo á los generales Souham y Sebastiani á desplegarse. Dada la orden fué ejecutada al punto. Con una de sus brigadas y una batería de reserva de á doce, pasó el general Charpentier el Wutten-Neiss por Nieder-Krayn, trepó la meseta, y se desplegó allí á pesar de las avanzadas prusianas. Inmediatamente se le incorporó la caballería del general Sebastiani, que fué sucesivamente á tomar posición sobre su izquierda. A seguirle se aprestaba el general Souham, si bien despacio, según lo permitían el tiempo, la naturaleza del terreno y el número de tropas acumuladas en desfiladero tan angosto.

Sobre este mismo punto llegaba Blücher á la sazón con la mayor parte de sus fuerzas. Contando con la posición de Jáuer, no había dejado allí más que el cuerpo de Langerón, y llevó á la vez á York y á Sacken sobre la meseta de Janowitz para resistir al movimiento de flanco que le amenazaba. A la vista de nuestras tropas, subiendo el borde de la quebrada del Wutten-Neiss para establecerse en la meseta, pensó que no podríamos oponerle á un mismo tiempo mucha gente, y que acometiéndonos con cuarenta mil hombres, nos destrozaría fácilmente dentro de la quebrada, de la cual aspirábamos á salir. Ante todo hizo que le precediera una artillería poderosa, cuyo fuego aguantó la brigada de Charpentier con sangre fría, y al cual respondió con su batería de á doce. Aún hizo más el enemigo, pues lanzó en su contra diez mil caballos. Formada en cuadro nuestra infantería, en vano quiso oponerles sus fuegos apagados por la lluvia: reducida á sus bayonetas, usólas con valentía, y atajó el ímpetu de la caballería contraria. Desquitando el general Sebastiani su lentitud con su denuedo, cargó y rechazó á esta caballería, pero fué rechazado á su turno, y no pudo resistir largo tiempo á fuerzas triplicadas. Vióse obligado á operar un movimiento retrógrado, y así dejó la izquierda de la brigada de Charpentier al descubierto. Entonces Blücher, que no había podido romper esta valerosa brigada con sus jinetes, arrojó en su contra más de veinte mil infantes. Muchas cargas

recibió y sostuvo á la bayoneta; pero agobiada por el número en breve, perdió terreno, y acabó por ser repelida hasta el borde de la quebrada del Wutten-Neiss. A pesar de su firme continente, se vió obligada á bajar de este punto, y hallóse revuelto con la caballería de Sebastiani, que también se iba replegando, y con la cabeza del cuerpo de Souham, que llegaba entonces. Ya se concibe el tropel y el desorden que esto produjo y cuantas pérdidas debieron experimentarse, sobre todo en cañones, pues atollada nuestra artillería en las tierras, fué privada de sus caballos, muertos casi todos por el fuego enemigo.

Arrollados en tan estrecho paso, fué necesario que emprendiésemos vivamente la retirada hasta la aldea de Kroitsch, donde el Wutten-Neiss se junta al Katzbach y donde Blücher no se atrevió á perseguirnos.

Esta refriega sobre un mismo punto, la cual nos había costado unos mil hombres, bastó para convertir en cierta especie de derrota general una operación que sobre el resto de nuestra línea se había logrado. Efectivamente, atacando los generales Lauristón y Gerard con extremada energía las posiciones ocupadas y abandonadas por Langerón sucesivamente, ya habían dado vista á Jáuer, á pesar del mal tiempo, é iban á señorearla, cuando les detuvo la noticia de lo acontecido á su izquierda. Por su excesiva imprudencia, viéronse, pues, obligados á retroceder y volvieron hasta Goldberg, donde entraron á eso de media noche en un estado muy triste, habiendo encontrado en el camino los restos de las tropas batidas sobre la meseta de Janowitz, y necesitando cruzar por entre un montón de carros atascados y de heridos, llevados muy trabajosamente á causa de lo horroroso del tiempo. No hubo más arbitrio que vivaquear según se pudo bajo la continua lluvia, unos en Goldberg, otros fuera, los más sin víveres ni abrigo, y en suma en un estado miserable.

Para contratiempos de esta especie son buenos los veteranos. En medio del fuego los bisoños, guiados por oficiales bizarros, son más impetuosos sin duda, porque conocen menos el peligro; pero al primer descalabro se llenan de asombro, se hacen atrás al primer sufrimiento, sobre todo si llevan poco tiempo en las filas, y basta un revés para turbar todas sus ideas y convertir su valor temerario en abatimiento profundo. Sin embargo, con víveres fuera posible retener á nuestros reclutas en los cuadros, y se lograra restituirles la confianza luego que el sol asomase, á beneficio de un nuevo impulso dado por enérgicos jefes. Pero fué preciso pasar una noche horrible sin alimento, sin abrigo, y con la certidumbre de tener encima al día siguiente á ochenta mil hombres victoriosos ó que creían estarlo. Por la mañana el cielo cargado de agua continuó derramando sobre nuestros soldados torrentes de lluvia. Por fortuna el Katzbach, que habían repasado el día antes, les servía de resguardo contra la persecución impetuosa de Blücher. Tan desbordado iba el río, que apenas pudo hacer que lo pasara su caballería. Así se logró la retirada sin tener encima á la infantería de los contrarios, bien que bajo la persecución de una nube de jinetes que no podían detener nuestros fusiles porque no daban lumbre. Más firmes nuestros reclutas ante el enemigo que ante el mal tiempo, opusieron con sus bayonetas una barrera de hierro á los jinetes rusos y prusianos, y alcanzaron así

á contenerlos. No obstante, obligados á alejarse á toda prisa, dejaron atrás gran parte de su artillería atascada, y sucedió que muchos de ellos, rezagados ó extenuados de hambre, se desparramaron para vivir por las aldeas y fueron cogidos ó iniciados bien temprano en el peli-groso y corruptor oficio de merodeadores. Cubierto el cuerpo del general Souham por la caballería del general Sebastiani, pudo retirarse por entre la llanura y ganar á Buntzlau sano y salvo. Más vivamente perseguidos los cuerpos de los generales Lauristón y Gerard, y no teniendo gruesa caballería que les cubriese, hallaron abrigo en los bosques que separan el Bóber del Katzbach, entre Goldberg y Lowenberg. Allí pasaron la noche algo más resguardados, si bien no mejor alimentados que la precedente. Llegando estos dos cuerpos delante de Lowenberg el día 28, probaron de pasar el Bóber sin fruto. No estaba destruído el puente, pero para llegar á sus avenidas había que cruzar una inundación que se extendía no menos de tres cuartos de legua, y no quedó otro recurso que volver á bajar la orilla derecha de este río para atravesarlo por Buntzlau, donde ya estaban Souham y Sebastiani. Por primera vez al cabo de tres días se encontraron techos y comestibles, aunque muy disputados, siendo cien-cuenta mil hombres cuando menos los acumulados en un solo punto.

Firme, cuerdo, experimentado, leal, el mariscal Macdonald, aunque desgraciado casi siempre desde la funesta jornada del Trebbia, no incurrió en el error de engañarse acerca de su mala fortuna. Así, vuelto á Buntzlau, no consideraba aplacada la cruel fatalidad que le perseguía, y temblaba por la división de Puthod, aventurada sola más allá del Bóber sobre la altura de Hirschberg. No podía inspirar zozobra la división de Ledrú, pues había seguido la orilla izquierda que nos pertenecía; pero, si la división de Puthod no se había aprovechado del puente de Hirschberg para venir más acá del Bóber, evidentemente estaba comprometida su suerte. Esto era lo que debía suceder en efecto. Habiendo remontado dicha división el Bóber por una orilla, mientras la división de Ledrú lo remontaba por la otra, no había usado del puente de Hirschberg cuando todavía era tiempo, y se había visto separada por inmensas masas de agua de sus compañeros de armas, que vanamente la tendían las manos desde lo alto de la orilla izquierda. Por la derecha ideó bajar el 29 enfrente de Lowenberg, cerca de Zopten. Reducida allí de seis mil á tres mil hombres por el cansancio, el hambre, el frío de las noches y el abatimiento, fué acometida por las tropas de Blücher, rehusó rendirse, defendióse deponidamente, y acabó por ser capturada ó destruída. Oyendo desde Buntzlau el infortunado Macdonald, más infortunado aún que la división asaltada, el fuego de la artillería, adivinando el sacrificio que se consumaba, quería remontar con algunas tropas la orilla derecha hasta la altura de Zopten; pero se le hizo conocer el peligro y quizá la inutilidad de este socorro, y vióse forzado á dejar que fueran inmolados á su vista los infelices soldados perdidos por virtud de su mala estrella. Juntos se hallaron todos el 30 á la orilla izquierda del Bóber, pero en número de cincuenta mil hombres á lo sumo, en vez de los setenta mil que se contaban algunos días antes, y después de dejar cien piezas de artillería entre el fango. De los veinte mil hombres que faltaban, sólo tres mil habían perecido

en el fuego; pero el enemigo se había apoderado de siete ú ocho mil, y no bajaban de nueve á diez mil los desbandados, que habían tirado ó perdido sus fusiles y no tenían ganas de coger otros. Sucediendo una prueba demasiado repentina de los padecimientos de la guerra á una ciega confianza, de pronto se despertó en sus corazones el sentimiento que experimentaban al abandonar sus hogares seis meses antes, el del odio hacia el hombre que los sacrificaba á una ambición desapoderada, apenas salidos de la adolescencia. Bizarros lo eran siempre, y todo se podía esperar de ellos si se lograba que volvieran á ingresar en las filas, cosa muy ardua. Irritados y disgustados preferían vivir saqueando el país contrario á tornar á empuñar las armas por un dios cruel, que, al decir de ellos, devoraba su juventud sin compasión y sin motivo. Macdonald se vió, pues, junto al Bóber con cincuenta mil soldados desalentados, y nueve ó diez mil rezagados detrás de la hueste, y alegando la falta de fusiles para no volver á las filas. Poniatowski había quedado sano y salvo en Zittau con sus diez mil polacos.

De diversas especies eran las causas de esta desventura; habíalas accidentales y generales. Consistían las causas accidentales en el mal tiempo, en la orden equivocada dada al mariscal Ney, que produjo un movimiento retrógrado inútilmente fatigante para las tropas, y que atrajo prematuramente al enemigo y empujó al mariscal Macdonald á tomar una ofensiva precipitada: quizá consistían también en algunas faltas del general en jefe, que envió dos divisiones sobre Hirschberg para expulsar de allí al enemigo, cuando nuestra sola presencia en Jáuer bastara para alejarle; y que durante la batalla dejó excesivamente aisladas las dos fracciones de sus tropas, y tomando para juntarlas el partido de ocupar la meseta de Janowitz, no lo hizo con fuerzas suficientes; y que había, en fin, menospreciado las dificultades engendradas por el mal tiempo y el estado de los caminos. Consistían las causas generales, mucho más formidables todavía, en el patriotismo de los coligados, en su ardimiento de volver de continuo á la carga tan luego como veían la eventualidad más leve de empezar de nuevo la lucha de una manera ventajosa, y sobre todo en la juventud de nuestras tropas, impetuosas entre el fuego, pero demasiado nuevas para los contratiempos de la guerra, poseídas del sentimiento de que se las sacrificaba á una ambición loca, olvidándolo delante del enemigo, si bien experimentándolo más vehementemente al primer descalabro, y arrojando sus armas en la retirada, después de portarse bizarramente en la pelea, á causa del despecho, del desánimo y de la extenuación moral y física.

Estas mismas causas produjeron en el camino de Berlín un desastre no de tanto bulto aunque funesto asimismo por las consecuencias.

Se ha visto la importancia que daba Napoleón al envío de un cuerpo á la capital de Prusia, á fin de repeler al ejército del Norte del teatro de la guerra, de sujetar á una humillación á Bernadotte, de sorprender la imaginación de los alemanes al entrar en la principal de sus capitales, de herir en el corazón al *Tugend-Bund*, de disolver las diversas agregaciones de que creía compuesto el ejército de Bernadotte, y de alargar por último la mano á nuestras guarniciones del Óder y del Vístula.

Para alcanzar estos varios fines dió al mariscal Oudinot además del 12.º cuerpo, que mandaba directamente, el 7.º confiado al general Reynier, y el 4.º confiado al general Bertrand. Compuesto el 12.º de dos buenas divisiones francesas y una bávara ascendía á diez y ocho mil hombres: veinte mil contaba el 7.º formado de la división francesa de Durutte y de otras dos sajonas; y otros tantos tenía el 4.º, donde sólo se encontraba una división francesa, si bien excelente, la del general Morand, al lado de dos extranjeras, la italiana de Fontanelli y la wurtemberguesa de Franquemont. Con seis mil caballos formaba el duque de Padua la reserva de caballería. Se juntaban, pues, alrededor de sesenta y cuatro mil hombres en lugar de los setenta mil que se esperaron al principio, entre los cuales había muchos *montones*, como Napoleón decía, pues en el efectivo total entraba por lo menos una tercera parte de soldados de todas las naciones, algunos muy medianos, y los más pésimamente dispuestos. No dejaba menos que desear su composición bajo el aspecto de los jefes. Tan valiente y determinado el mariscal Oudinot como el que más sobre el campo de batalla, jamás había ejercido un mando de tanta importancia, tenía la doble modestia de desconfiar de sí propio, y apenas se atrevía á hacer sentir su autoridad á sus lugartenientes, los generales Reynier y Bertrand.

Sabio y sólido el general Reynier, según ya hemos tenido ocasión de decirlo, si bien desgraciado, estaba lleno de pretensiones, se creía superior á la mayoría de los mariscales, se lamentaba con amargura de no ser más que teniente general, y á semejanza de Vandamme se mostraba impaciente y quizá de sobra por ganar una dignidad que se le había hecho esperar tanto. Honrado el general Bertrand con el favor de Napoleón un día y otro, justificándolo con una esmerada aplicación á sus deberes, con la valentía más segura de todas, la de la adhesión, pero más idóneo para los trabajos de ingeniero que para la dirección de las tropas, dotado de talento, bien que no teniéndolo siempre exacto, era un subordinado deferente en apariencia, más obsequioso que sumiso. Embarazadísimo el mariscal Oudinot por la necesidad de dominar estas pretensiones diversas, no osaba hacerlo más que con infinitas contemplaciones, poco compatibles con el vigor y la prontitud del mando. Hallándose más próximo que Napoleón á los lugares, y recogiendo todos los rumores del país, no se engañaba acerca de la fuerza del enemigo y de la dificultad del terreno. Sabía que Bernadotte, con cierta porción de gentes de todas clases y allegadas de prisa, tenía, no obstante, un excelente cuerpo sueco, un solidísimo cuerpo ruso, y sobre todo, un cuerpo prusiano, el del general Bulow, muy numeroso, muy animado, y muy dispuesto á batirse. Además de este cuerpo de Bulow tenía otro cuerpo prusiano á las órdenes del general Tauenzien, destinado primeramente al bloqueo de las plazas, y del cual se había sacado lo más selecto para emplearlo en la guerra ofensiva. Estas tropas juntas formaban un total de cerca de noventa mil hombres, y se hallaban acampadas delante de Berlín. Bajo el mando del general Walmoden había destacado el príncipe de Suecia unos veinte mil hombres, comprendiendo lo que merecía el nombre de *retazos*, para hacer frente, detrás de los numerosos canales de Mecklem-